



DE ALEMANAS VEGETARIANAS Y CORAZONES ALTIPLÁNICOS

En un vuelo Madrid-Lima nuestro cronista conoce unas jóvenes alemanas que le dieron algunas clases de aimara, nutrición, y otras hierbas que alegran la existencia.

Escribe: Valery Bazán Rodríguez
F/ValeryBazan

Otra vez en el aeropuerto, ya no sé si vengo o me voy, ya no sé si vuelvo o me revuelvo. El puente aéreo te obliga a pisar la encorsetada y cejilarga Madrid, si esta ciudad llevara corbata sería una pajarita marrón pegada al cuello, y un bastón largo tampoco le iría mal. El único bastón que yo usé es el de brigadier del colegio secundario estatal que estaba a una cuadra de mi casa, un cargo que me gané por trompearme con el peor alumno del salón, el más problemático.

Barajas parece una enorme y larga pecera, los exteriores de esa enorme arquitectura son una oda a lo multirracial o quizás a la comunidad gay por la cantidad de colores que se van degradando desde el verde, hasta el anaranjado, pasando por el rojo. Mientras me paro en una faja móvil con mi maleta de mano, que ha excedido en 4 kilos el peso permitido, y me dejo llevar por esa cinta que es una bendición para los viajeros con poca prisa, los viajeros y turistas no me son extraños, me parecen miembros de una nación cuyos habitantes no pueden vivir sin maletas ni tampoco sin gruesas chompas o aparatosos sacos envueltos en el antebrazo. Los aeropuertos son naciones sí, debes presentar tus documentos para entrar o salir de ellos, hay todo tipo de almacenes, puedes encontrar comida, hallar todo tipo de bebidas, las aeromozas son hermosas, los pilotos son odiosamente guapos y algunos aeromozos son gays hasta cuando no se mueven.

Seguro muchas vidas se han engendrado en ese aeropuerto y en los miles de aeropuertos del mundo, muchas infidelidades se han consumado en esas salas de espera, en los baños, en las salas VIP, en el rincón de alguna sala de espera en horas de la madrugada donde la poca vigilancia no llegaba. Creo que mientras me dejaba deslizar por la faja móvil del aeropuerto vi pasar en sentido contrario a Tom Hanks con barba, como en "La Terminal", y mientras divagaba una aeromoza de cabello negro intenso, de un metro ochenta y cinco, me arrimó con su bolso Louis Vuitton mientras charlaba alegremente con un capitán de aspecto casado pero sin anillo de matrimonio. Juro que segundos después vi a la aeromoza llevarse la mano izquierda hacia una línea protuberante de la cintura y acomodarse el calzón, trajinado minutos antes. Las mejillas rojas daban pie al pensamiento malvado y lujurioso.

Tras varios idiotas pensamientos y tras varias elucubraciones que delataban mi falta de actividad sexual, me asomé a mi puerta de embarque, sin saber cómo, ya había llegado. El panorama es distinto a los años anteriores. Dos filas de viajeros, extranjeros en su gran mayoría, esperaban el llamado de una cuarentena azafata de aspecto andaluz para abordar el Airbus con destino a Lima, la capital del Perú y la ciudad del caos gris. Aún quedan cuarenta y cinco minutos para



el despegue y mientras me acomodo al final de la cola una chica de cabello castaño claro me pregunta “¿este es el vuelo sesenta y uno veinte?”. Le digo que sí, que es el sesenta y uno veinte de Iberia y el 4032 de Lan, ambas aerolíneas mantienen una alianza, y ella descansa en el suelo su larga y embutida mochila mientras yo imagino que en esa mochila caben cinco de las mías e incluso yo en posición fetal y los puños pegados al pecho.

No la veo con intención de buscar otro sitio para esperar el llamado a abordar el avión, no es guapa pero es simpática, no es larguirucha pero es alta, su figura bien proporcionada deja asomar firmeza en los músculos y curvas generosas bajo la espalda y en los pechos. Parece atractiva o al menos eso me dicen mis mil días de abstinencia sexual, exagero, no son mil pero lo parecen. Le pregunto a dónde viaja y por qué, sí, lanzo dos preguntas seguidas, en ráfaga corta, con silenciador porque mi voz es bajita, a eso hay que agregarle las patochadas que la gente conversa en voz alta a nuestro alrededor. La alemana de mochila roja responde que se va a Santa Cruz, Bolivia, pero que hará una semana de ruta en Perú, paseos a Cusco, Ayacucho y Lima la esperan. Me dice que viaja a Bolivia porque extraña a sus amigos, porque desea practicar el aimara y porque otra visita al Cementerio de los Ferrocarriles no le vendría mal. Una ex mía alguna vez me mostró fotos sentada en ese lugar, desde entonces perdió encanto para mí, esa niña, que alguna vez amé por obra y gracia de Lucifer, tiene la cualidad de quitarle gracia a los lugares bellos, ojalá nunca vaya a Machu Picchu, al menos hasta después que vaya yo.

Le pregunto su nombre, se llama María Isabel, y no me sorprende de conocer otra alemana más con nombre castellano, incluso con la fonética nazi ese nombre sonaría dulce. María Isabel tiene 21 años, me lleva una cabeza de altura y me confiesa que es vegetariana. Le pregunto desde cuándo y me dice que desde los siete años. Sentía que me vacilaba pero su mirada franca y su tono de voz masticando un castellano básico y átono no se prestan a la estafa, no ganaría nada mintiéndole a un peruano despistado. Cuando descubrió que los animales que la rodeaban día a día, allá en el pueblo donde ella nació, servían para alimentarla y eran servidos muertos, fritos o sancochados en un enorme plato de manos de su madre, decidió no comerse más a esas víctimas de la gastronomía humana. Por empatía, por pena, por condescendencia, por amor, porque después de comerse un conejo no podría ir por el campo sin vergüenza al mirar a otro conejo, por lo que

sea, María Isabel no llegaba a la mitad de su educación primaria y ya había decidido no comer carne por el resto de su vida. Y acota algo más, que tal como se ve y se siente, fue una buena decisión. Ya la había visto hace buen rato y su aspecto era el de una deportista.

Le pido que me enseñe algunas frases en aimara, lo hace gentilmente, a los dos minutos ya he olvidado las palabras, la pronunciación y sobre todo el significado. Ya no sirvo para los idiomas, mi acrofobia selecciona los idiomas o dialectos hablados en las alturas y los margina de mi cerebro, los discrimina y yo no me doy por enterado hasta que intento recordarlos y descubro la gran burla de mi inconsciente cabrón. María Isabel sube al avión, yo espero un ratillo más, me agobian los montones de personas, el vapor invisible de la gente causado por la calefacción es inaguantable. Siempre he detestado los fluidos y aires ajenos. Cuando subo, dos azafatas de la entrada del avión me saludan ya cansadas, una cuarentona y una treintona que quizás tuvo algún revolcón en ese mismo avión con algún piloto.

Voy a la ventanilla, Dios existe, además de la suerte de ir mirando el paisaje y el mar por horas, quizás vea algún rayo rompiendo la atmósfera como sucedió la primera vez que viajé a España hace 10 años. A mi lado va otra alemana, quizás tiene treinta años más que María Isabel, le cuesta hablar español, se dirige a Santa Cruz también, le prometo que le presentaré a mi flamante amiga vegetariana que debe estar en algún lado de ese mismo avión, que es compatriota suya y que no come carne. Me emocio por un instante, las coincidencias no existen, por algún motivo la vida las puso en mi viaje. La alemana del asiento de al lado es muniquesa, viaja a ver a su marido, un boliviano de quien no tiene foto. No le hace ascos a la carne, en su viaje anterior comió carne de llama y disfrutó de su sabor en La Paz, ciudad que también visitará.

Cuando sirven la horrorosa cena que sirven en algunos aviones abro el plato de cartón y veo unas albóndigas de carne molida que parecen de jebe. Cierro el plato, cierro los ojos, me reclino en el asiento y pongo la música en el canal de música barroca, todos los temas son de Juan Diego Flórez, me relajo, y paso del aborrecimiento a la carne molida a preguntarme por qué el tenor peruano no se apellida Flores con s. El avión va sin turbulencias y yo echo de menos las tormentas que sacuden el cielo del Océano Atlántico.